



Seix Barral Biblioteca Breve

Gabi Martínez

Las defensas

© Gabi Martínez, 2017

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-2991-6

Depósito legal: B. 4.064-2017

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Respira y come. Nadie ha sugerido que debamos limitarnos a eso pero todos los de esta mesa respetamos la coordenada. Respira y come. Se trata de superar un día más. Las cucharas golpean el fondo del plato y oigo cómo se desliza el caldo por la garganta del anestesista sentado junto a mí. Desde que mi mundo aumentó su imprecisión, defino mejor los sonidos, los colores, como si esta nueva confusión pulimentara lo fundamental.

Imagino el caldo deslizándose por el esófago hasta mezclarse con los restos de cocaína resistentes en el organismo de Juan. Juan no tuvo reparos en confesar su adicción, aquí casi nadie los tiene. Para eso estamos. Al menos, ellos. En general, mis compañeros de mesa son adictos a las drogas. La mayoría lo achaca al estrés y la depresión. Tienen la suerte de haber localizado el motivo de su derrumbe y de disponer de palabras para detallar cómo cayeron. A veces no saben emplearlas, pero las conocen y podrían pronunciarlas en cualquier momento. También poseen una historia que les permite más o menos comprender la razón por la que se les internó. Yo no.

—Mi hijo me trae por el camino de la amargura —dice de nuevo la cleptómana desde la silla de enfrente. Está obsesionada con ese hijo que la desobedece, le roba, le pega, la insulta—. No sé qué es lo peor —solloza la mujer, como de costumbre.

Me enfurece detectar el timbre de su voz porque siempre entona el mismo tema: su hijo. Sólo habla de él. Y nos castiga a todos con su penitencia. Alguien debería cerrarle la boca. Pero que sea otro. Yo soy un buen chico, según mi madre. Buen chico. Es la definición que más he escuchado sobre mí, aunque ya figure como padre de cuatro hijas, me haya separado de mala manera después de infligir un calvario a mi exmujer, me haya alcoholizado una buena temporada y haya engañado a conciencia y planeado cómo destripar a un hombre.

Las etiquetas suelen estar mal colgadas, el drama aparece cuando alguna de ellas te condena más de lo esperado. Estoy tan seguro de no ser un buen chico como de no padecer ningún tipo de psicosis ni trastorno bipolar. Estas definiciones las decidieron otros pero al parecer debo someterme a ellas. Creo haber comunicado a los doctores mi intuición de que padezco algún tipo de enfermedad orgánica, si bien nadie atiende a mis protestas porque, como la autoinmunidad es mi campo de investigación preferente desde que empecé a estudiar medicina, mi diagnóstico destila un aire de ensimismamiento redundante perjudicado por la evidencia de que, por muy neurólogo que sea, estoy loco.

Asumo desajustes mentales, sí, pero desde el fondo de este desequilibrio sé que mis colegas han errado el diagnóstico que aún no me han comunicado. No hace falta que lo hagan: conozco la medicación que me obligan a consumir. Y sé que se equivocan. Quizá se deba a la precipitación. Necesitaban despacharme, hacerme desaparecer. Los médicos enfermos proyectamos mala imagen sobre el gremio y, además, yo soy neurólogo. Porque supongo que aún lo soy. ¿Lo soy? ¿O el loco lo absorbe todo? ¿Qué queda del doctor Escobedo en mi forma de pensar? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Respira y come.

La comida de este centro es el mayor placer de las últimas semanas. ¿O son meses? ¿Cuánto tiempo llevo así? De segundo sirven paella. Durante un rato, compruebo la separación de los granos de arroz. No se pegan, una gran novedad te-

niendo en cuenta la bazofia grumosa que servían en los sitios anteriores. Estoy comprendiendo mejor el porqué de la mala fama de la comida de hospital.

—Esta noche voy a llamar a mi chico —dice la cleptómana.

Los demás engullen cucharadas de arroz en silencio. Todos menos Amalia miran al plato. Amalia es una enfermera de unos sesenta años que asegura recordarme de mi etapa como residente en el Hospital del Mar. Amalia convivía con una hermana a la que no soportaba. Cayó en una depresión devastadora. A su lado, Gema agarra el vaso con las dos manos y lo acerca a los labios despacio para que los temblores a causa de la medicación no le hagan derramar el agua. Es cirujana. Gema no cuenta lo que tiene pero yo le diagnosticaría una depresión con componente psicótico. A mi derecha, un especialista en medicina interna igualmente depresivo corta con preocupante lentitud un pedazo de conejo. A mi izquierda, el anestesista descarta la paella porque es vegetariano.

Continúa resultándome sencillo establecer el diagnóstico diferencial de los enfermos, y esa certidumbre me anima. Parece que el doctor Escobedo se mantiene bastante incólume en medio de la devastación. Debería consultarme. Visítarme a mí. El problema es que no sé muy bien quién soy, o cuántos. Hay una parte de mí que reconozco, la duda es por dónde vaga el resto de mi persona, que sólo percibo a retazos. El vacío se abre en las últimas semanas, o meses, porque del resto de mi vida me acuerdo bien. Cuando intento recomponer lo sucedido, las escenas fulguran sin orden. A veces son limpias pero avanzan entrecortadas y no llegan a un final. A veces relampaguean instantes difusos que provocan escalofríos o emociones que no siempre identifico pero me dejan furioso o temblando. No debería estar aquí. Yo no soy como esta gente. No estoy enganchado. No debería haberme sentado con estos patéticos adictos y depresivos a comer esta riquísima paella de mierda. ¿Quién me ha encerrado? ¿Por qué?

Golpeo la mesa con un puño. No debo haberle dado muy fuerte porque nadie deja de comer. ¿La he golpeado? Miro el

pliegue del puño, que permanece pálido, sin marcas de un impacto reciente. Ni siquiera me duele. No percibo el eco de la madera en los huesos. ¿La he golpeado?

Respira y come.

Desearía renunciar a la comida para expresar mi malestar pero la paella me reconforta demasiado y no voy a desperdiciar uno de los escasos buenos momentos del día. Alguien me toca un hombro.

—Pasa por mi despacho cuando termines —dice uno de los doctores.

Hace años colaboré con él enviándole pacientes sospechosos de alzhéimer. Sé que es neuropsicólogo pero no recuerdo su nombre, aunque tampoco el de los demás. En una semana he hablado con cinco médicos que se supone que analizan mi caso. No logro distinguir si hay uno principal, de manera que desconfío de todos. Un enfermo debe sentir la cercanía de su médico de referencia, alguien que avance junto a él, que le acompañe, le sugiera. Le tranquilice.

—Bueno, Camilo. Vamos a seguir viendo cómo estás —dice el doctor Alzheimer al otro lado de un escritorio de nogal nacarado que huele a abrillantador.

No me ha preguntado cómo estoy porque cree saberlo mejor que yo. Era mi compañero. Siento una enorme fragilidad y pequeñez y desamparo. El doctor abre una carpeta llena de test neuropsicológicos iguales a los que alguna vez he usado con mis pacientes. Ahora me va a pedir que diga *peseta*, *caballo*, *manzana*. El doctor pide que repita sus palabras:

—Peseta. Caballo. Manzana.

No sé si respondo bien. Por favor, que llegue pronto la hora del yogur y las galletas.

Saca el primer test. Temo que me haga dibujar la figura compleja de Rey, no creo ser capaz. Empieza con otro test, fiel al procedimiento. Reconozco esa prueba de memoria visual. Cuando me enfrento a un cuadrado dividido en cuatro partes me invade una vergüenza profunda porque rememoro el estado de muchos pacientes a los que yo mismo atendí. La ver-

güenza se transforma en humillación al descubrirme incapaz de responder con solvencia. Dudo ante cada pregunta. Mi lengua se ralentiza aún más. Titubeo, diría que he equivocado vocales, puede que incluso sílabas. La conciencia de desamparo aumenta mi bloqueo. Supongo que he obtenido una puntuación ridícula aunque el rostro del doctor se mantiene impávido. Con mecánica profesionalidad, anuncia que va a proceder a mostrar un dibujo que deberé definir. Aunque entiendo todo lo que veo, sólo estoy seguro de dar respuestas de garantías cuando enseña lo que meses más tarde descifraré como «acordeón».

—Piano plegable —respondo.

Y como «tienda de campaña»:

—Casa plegable.

La serie completa de test dura alrededor de tres horas pero diría que no llevamos más de cuarenta o sesenta minutos cuando el doctor cierra la carpeta y dice muy bien, se acabó. Sin duda, no hemos completado la serie porque ni siquiera me ha propuesto enfrentar la figura de Rey. Eso significa que mi merma es espantosa. No habré puntuado mucho más de cinco sobre cien. Espantosa. Floto en una burbuja de idiotez insondable sintiendo odio y desprecio hacia mí, y sólo un poco, muy poco, de piedad.

¿Qué piensa ese hombre al contemplar el deterioro de un ser humano que días antes se habría podido sentar donde él? ¿Le afecta mi decadencia? ¿Podrá imaginar la sensación de ser un enfermo mental?

—¡Camilo!

Le miro. Parece que me ha llamado varias veces. Los labios del subespecialista dan permiso para regresar a mi habitación en compañía de la enfermera que aguarda bajo el dintel. Atravesamos el pasillo desierto donde retumban ruidos opacos y algún grito aislado de los internos que se entretienen en la sala de estar. De una pared cuelga la famosa foto de los obreros que almuerzan sentados en una viga sobre Manhattan. Después de los test, me convendría ir asumiendo que

mi estancia en este centro se va a alargar. No sé si lo soportaré aunque aceptaré callado lo que me impongan. Ahora soy un inválido. Los tacones de la enfermera amplían la angustiosa impresión de vacío y soledad mientras avanzamos a la crepuscular luz de una tarde de marzo sobre el suelo resplandeciente que aún huele a lejía matizada por algún jabón de flores.

Antes de dejarme solo, la enfermera se cerciora de que trague cuatro pastillas nuevas. Obedezco, no estoy en disposición de discutir. Debo confiar en mis compañeros. Me tumbo boca arriba en la cama mirando a un techo que no veo. Las cápsulas se deshacen simultáneamente en mi estómago proyectando una dosis extra de química hacia el cerebro, donde siempre he vivido. Todo se lo he entregado a él. Al cerebro. A la medicina. Todo. Un poderoso sentimiento de desesperanza equiparable al del amor no correspondido satura la habitación. Hay algo demasiado arbitrario en esta realidad. Había leído sobre injusticias y sobre la ingratitud de algunos destinos pero aquello eran literatura y leyendas, y siempre pensé que mis esfuerzos serían compensados, que nada es vano. La falta de culpables y la insistencia en atribuirme el peso de la debacle no evitan que se expanda la impresión de haber sido traicionado. Pero los sentimientos que suelen adherirse a ese lastre, como la rabia y la decepción, ceden al empuje de una tristeza que me asfixia. Me asfixia. Abro la boca para respirar.

Respira.

Coloco la palma de mi mano abierta en el pecho a la altura del órgano que me riega. Cuento cada latido. La tristeza no bastará para matarme hoy.

La televisión emite un concurso que algunos internos desparrramados por la sala pretenden seguir con atención mientras Laura me va ofreciendo el diagnóstico diferencial de varios de ellos. Como enfermera curtida, presume de acertar más que los doctores que nos tratan, al menos a primera vista. Comparto con ella varios diagnósticos de depresión, un bipolar y

el de la dentista con evidentes deficiencias de control de impulsos, pero se le escurre un ejemplo palmario de ideación paranoide que ella interpreta como intoxicación farmacológica. Le señalo el error riendo a carcajadas desde el fondo de mi catatonía.

—¿Te estás burlando? —pregunta.

Niego sacudiendo la cabeza sin dejar de reír, atropellándome por responder aprisa y no enfadarla. La he visto furiosa una vez y, por mucho que diga que ese día la enajenó el efecto de la medicación, prefiero que no se irrite.

—¿Y yo? —le pregunto—. ¿Cuál es mi diagnóstico?

La enfermera depresiva guiña un ojo como si apuntara por una mirilla, inspira sonoramente, dice:

—Tú eres normal.

—O sea, que no lo sabes.

—Tienes cosas distintas a los de aquí. Lo tuyo es raro, porque igual te quedas mudo que sueltas un diagnóstico perfecto. Ahora que lo digo..., tú sólo hablas normal cuando salen temas médicos. Quizá por eso te han enviado aquí. ¡Al hospital de médicos!

Se pone a reír sola.

Es cierto. Sólo participo en las conversaciones cuando abordan asuntos de la profesión. Me intriga la resistencia de mi capacidad para diagnosticar. Como si hubiera preservado mis facultades médicas de la agresión. Del trastorno. Como si existiera un yo paralelo inaccesible a la enfermedad, quizá todavía en condiciones de brindar soluciones que me aproximen a una salida.

—¿Te... *testás*... burlando? —consigo articular.

—¡Sí! —grita Laura, y sigue riendo con ganas. Con demasiadas ganas. Como si yo no estuviera. Quizá se haya olvidado de mí y haya vuelto a extraviarse en cualquiera de sus psicosis. Qué más da. No siento afecto por ella. Tampoco por los demás. Ni siquiera sé si son quienes afirman ser porque al ingresar en este centro nos obligaron a cambiar los nombres. Me han inscrito como Camilo Martínez Ros, desordenando los apellidos

de mis padres. Los médicos mentalmente perturbados somos la peor publicidad. Hay que borrar nuestra pista. Esta etapa, este sitio, no existirá en nuestros futuros. CHAMM. Es uno de los contados Centros Hospitalarios de Atención... a nosotros. Exclusivo para rehabilitar a personal sanitario con problemas psiquiátricos, orientado sobre todo a la patología dual, básicamente trastornos de personalidad y adicciones. Una de sus claves es no hacer publicidad. El típico lugar invisible porque, ¿quién alardea de haber formado parte de una corte de zombies?

Laura sigue riendo. Me irrita levemente el dramatismo de mi mirada y sé que me gustaría bromear, incluso compartir su risa idiota, porque recuerdo haber disfrutado el humor. Pero la risa es emoción y ahora vivo muy al margen de ella. Nada alrededor altera este yermo. Recuerdo la intensidad, episodios en los que me entregué, pero los viejos sentimientos se han volatilizado, como si la enfermedad hubiera arrasado ese talento humano respetando tan sólo el espacio reservado a mis hijas, cuyo recuerdo aún me permite experimentar nostalgia y llorar. Llorar por alguien. Creo que es un motivo de esperanza.

Los internos siguen clavados delante de la televisión o jugando a cartas, una capacidad que ahora envidia. Todos luchan por no hundirse. Somos doce o catorce, nunca logro contarnos a todos, no sé si porque nunca nos juntan a la vez o porque siempre me descuento. Al juzgarlos como residuos, me pregunto qué soy yo. Hay algo que sí compartimos: un pasado de estrés desquiciante, y es de lo que se habla en la cena. Juan dice que el ritmo de trabajo lo devoró y necesitó «suplementos» para mantenerse a la altura. Graciela culpa a la hermana en paro, con la que aún convive, de arruinarle el futuro: llegó incluso a espantarle a dos novios. La cleptómana describe con morbosidad meticulosa la mayor paliza que le pegó su hijo. Por primera vez, informa de que fue ella quien lo denunció y por eso el chico está en el reformatorio. Se ampara en su tremenda historia para apropiarse de la reunión. Nadie le dice que se calle ni que ella misma es un motivo de estrés, de modo

que sigue hablando. Habla. Las ensaladas de la noche también están estupendas. Sobre todo el tomate. Ahora no hay nada que me guste más que el tomate.

Respira y come.

Todos aluden a causas concretas y me siento en desventaja porque yo sólo dispongo de un dato que no difundo para no alarmar. El dato de mi test de estrés. El test distingue tres niveles. De 1 a 150. De 150 a 300. Si superas la puntuación de 300, estás fatal. Ése es el tercer nivel. Con más de 300, o estás enfermo o pronto lo estarás, a no ser que te concentres en realizar ejercicios de relajación o consigas evacuar toda la basura mental que te colapsa. El resultado de mi test fue: 506. No creo que ninguno de los de esta mesa haya alcanzado esa cota. Con un estrés de 506 la cabeza te puede estallar. Supongo que fue lo que pasó. 506. Para volverse loco.

Por eso, antes de llegar a esta especie de balneario he pasado una temporada en el psiquiátrico. Desde luego que aquí se está mejor. El desnorte de Laura, Gema o Juan queda muy lejos de los arrebatos de mis compañeros de manicomio. No es que tenga muy claros aquellos días pero recuerdo que a uno lo habían encerrado tras patear a un perro hasta la muerte. A otro lo recogieron en urgencias porque él mismo se había abierto la cabeza golpeándola contra la pared del edificio donde trabajaba. Recuerdo paseos con un chico silencioso que llevaba el cráneo vendado y simulaba leer un gran libro de Historia. Eso es el psiquiátrico. No parece el sitio más adecuado para internar a un neurólogo. Uno imagina que siempre existen alternativas más discretas, pero da igual porque en las próximas semanas empezaré a recuperar fuerzas y fragmentos de lucidez bien hilvanada. Seguro. Sé que todo va a ir bien, y que emergerán cientos de preguntas, miles, que permitirán reconstruir mi historia. Aún no sé que, durante estos días, he agredido con brutal violencia a personas a las que quiero.

Me lavo los dientes supervisado por la enfermera de turno. Detengo el cepillado y observo al hombre de mejillas consumidas y mirada impersonal con la boca espumeante.

—Qué guapo —dice la enfermera.

La última vez que contemplé mi imagen tanto tiempo acabé con una cicatriz en la mano que empuña el cepillo. No reconozco a ese extraño de ojos lánguidos sin espíritu. Ya ninguna enfermera me llamará Clooney.

—Camilo, no hagas el tonto y acaba de una vez.

Continúo cepillando. Me enjuago la boca, la limpio de espuma. Con los dientes a milímetros del grifo, empiezo a beber agua casi helada a lengüetazos. Agua durante más de un minuto. Agua. Paso el día sediento, buscando grifos.

Cuando dejo de beber, la enfermera me entrega la botella donde introduzco el pene y orino un largo chorro de líquido anómalamente amarillo producto de mezclar neurolépticos, el litio con el topiramato responsable de mantener estable mi ánimo, antidepresivos, diazepam y el Antabus que tanto insisten en suministrarme y es el signo de mi derrota. Porque lo que sin duda no necesito es farmacología antialcohólica. Antabus. Un puto remedio decimonónico para hacerte vomitar el alcohol. No soy un borracho. Yo no bebía por adicción, nunca dependí del whisky, el alcohol no fue el detonante de nada. Pero me trago el Antabus porque soy un cobarde y no me fío de mí.

—¿Puedo bajar al césped? —pregunto a mi canguro esta noche.

—¿Y ahora qué te ha dado? No son horas de salir.

—Necesito pisar el césped.

El efecto de los neurolépticos se está prolongando más de lo habitual. No logro controlar las piernas, que temblaron durante toda la cena y continúan disparadas. Esta gente sabe que la hierba me sienta bien, así que la enfermera chasquea la lengua y acepta salir cinco minutos con la condición de que me ponga un jersey bajo la bata. Hace un frío seco, extraño en Barcelona. La luna menguante aún refulge espléndida en el firmamento limpio. Me descalzo y hundo los pies en las briznas gélidas. Me traspasa un sablazo de frescor que desvanece mi aturdimiento. Permanezco quieto, abriendo y cerrando los

ojos, empapándome de helor, silencio y una oscuridad puntuada por el brillo de hogares lejanos. Enciendo un cigarro. Por primera vez en meses disfruto de un bocado de auténtica existencia. Pero no es la noche, al menos no la negra y estrellada, lo que me abstrae, sino la renovada certeza de que sigo un tratamiento erróneo.

—Hay algo más —digo exhalando una bocanada de humo afantasmado por la oscuridad y el silencio.

—¿Qué dices, Camilo? —grita la enfermera desde el borde del jardín.

—Hay algo más —repito, aunque creo que esta vez no he hablado.

—Va, que nos vamos a congelar. Ponte las zapatillas y entra. Sólo falta que agarres un resfriado.

Queda casi medio cigarro. Tiro la colilla a la hierba, me calzo y entro en el edificio. Dónde estará mi voluntad.

Desde la habitación se divisa un mosaico de tejados sencillos al estilo rural y una ladera cercana moteada de luceros dispersos, porque esto es una colina a retaguardia de la ciudad. Adoro las montañas, la historia de Hermann Buhl, que conquistó el Nanga Parbat, la de Aron Ralston, el alpinista amputado... Nombres que siempre me acompañan y hoy me arrullan con sus experiencias de salvación *in extremis*, procurando un aliento que echo de menos incluso en esta nada de insensibilidad donde ahora habito..., aunque no es verdad. Miento. Ya no soy insensible. Me estoy recuperando. Lo sé porque últimamente percibo de forma cada vez más implacable cómo la desesperación se extiende. Sentirme destruido es positivo. Aspiro una buena bocanada de oxígeno de cara a la montaña y acelero la respiración sobrepasado por la conciencia de un estado catatónico que de repente me abruma. La mitificada expulsión del mundo era esto. Ahora soy un paciente. No hay nada romántico en este hundimiento. Me tumbo boca arriba en la cama, sin tapar. La calefacción siempre excesiva mitiga el frío pero, aun así, es invierno. Confío en que el entumecimiento del cuerpo me despiste de ideas dolorosas. Debo

concentrarme en no pensar, dormir cuanto antes, aunque el sueño ya no sea el área de descanso que hasta antes de la enfermedad fue. Pese a las pesadillas.

Sobre mi cabeza parpadea el puntero rojo de la alarma antiincendios. Su resplandor perfila tenuemente el objetivo de la cámara de vigilancia. Por lo visto, no sé lo peligroso que soy.